



Universidad Nacional de Rosario - Facultad de Psicología

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

Pico cerrado

Autora: **Silvina Geralnik**

Legajo: **G-0749/8**

Docente responsable: **Rosanna Canelero**

Septiembre 2017

Agradecimientos

Al espacio T.I.F., por brindar las herramientas para animarnos a escribir.

A Rosanna, por la inmensa dedicación con la cual acompañó mi trabajo, y por sus donaciones en cada encuentro.

A mis compañeras en este sueño, por su generosidad.

A mis amigos, por acompañarme y entender mis ausencias.

A mis abuelas, por transmitirme el interés por la lectura.

A mi familia, en especial a mis padres, por su apoyo permanente.

A mi esposo y a mis hijas por su amor, por estar a mi lado en cada paso.

Índice

Resumen	4
Palabras clave.....	4
El niño que <i>no toma la palabra</i>	5
Un nombre ¿propio?.....	5
Entrada en el desfiladero de la palabra.....	6
Algunas palabras serán significantes.....	8
La aprehensión del símbolo.....	9
Palabras y juego.....	11
Cómo pensar la ausencia de palabras.....	12
Un niño de pocas palabras.....	13
Un final abierto.....	15
Referencias Bibliográficas.....	16

Resumen

Este trabajo, de estilo ensayístico, se propone reflexionar sobre la problemática del niño que *no toma la palabra* desde una perspectiva psicoanalítica. Guiado por la pregunta: *¿Qué dicen los niños cuando no hablan?*, se introduce en un recorrido de lectura que no por frecuentemente transitado deja de despertar inquietudes nuevas. Pensar la ausencia de palabras como *síntoma* abre numerosos interrogantes.

Se concibe al lenguaje como un tejido que une lengua y subjetividad. Lacan nos enseña que la apropiación de la palabra no puede eludir la relación al Otro. Abordar temas como la aprehensión del símbolo, la determinación simbólica del sujeto, la constitución subjetiva, la interacción con el Otro primordial, ayudan a pensar las condiciones que posibilitan el surgimiento del *ser hablante* y otras que actúan como obstáculos.

A modo de conclusión se sostiene la premisa: un niño podrá tomar la palabra cuando exista un Otro que lo demande, lo espere, lo escuche...

Palabras clave

Lenguaje - Otro – Sujeto - Palabra

El niño que *no toma la palabra*

Había una vez una palabra
 Redonda, entera, brillante.
 Adentro de la palabra estaba el mundo.
 Y en el mundo estábamos nosotros,
 Diciéndonos palabras.
 Graciela Montes (1988)

Este trabajo de *estilo ensayístico* se propone reflexionar sobre la problemática del niño que *no toma la palabra* desde una perspectiva psicoanalítica. Es el ensayo, de naturaleza conjetural (Casarín, 2007), se lleva bien con la *clínica psicoanalítica* que alcanza su valor al asentarse en *una lectura* siempre singular e hipotética.

El tema fue elegido a partir de una experiencia recortada de mi Práctica Profesional Supervisada (PPS) —requisito que cada estudiante de la carrera de Psicología debe cumplimentar como condición de titulación— por esa conjunción maravillosa que suscita nuestro interés: *el niño y la palabra*.

Guiada por la pregunta: *¿qué dicen los niños cuando no hablan?* me introduzco en un recorrido que no por tantas veces transitado deja de despertar en mí, inquietudes nuevas. Pensar la ausencia de palabras como *síntoma* abre numerosos interrogantes.

Transitando la carrera de psicología el *campo del lenguaje* y la *función de la palabra*, nos convocan a cada paso. Recordemos que desde el comienzo mismo de *su enseñanza* Lacan se ocupa incansablemente de ambos. *Función y campo de la palabra y del lenguaje* es el título de uno de sus célebres escritos. Los dichos, lo que queda por decir y lo indecible...

Un nombre ¿propio?

Al nacer —si se anda con suerte— nos espera un nombre como *primera marca*. Pero, ¿qué es un *nombre propio*?

En la Clase del 20 de diciembre de 1961 de *su seminario*, Lacan se ocupa *in extenso* del asunto:

Es precisamente ahí que quiero todavía detenerme hoy [...] La función del significante, en tanto que ésta es el punto de amarre de algo desde donde el sujeto se constituye, he ahí lo que va a hacerme detener un instante hoy [...] la función del nombre {nom}. Ustedes saben, como analistas, la importancia que tiene, en todo análisis, el nombre propio [...] (Lacan, 1961:7). Inédito.

Lacan encuentra el nombre propio en el trayecto de su pregunta por las identificaciones —más precisamente cuando se ocupa del segundo tipo freudiano; identificación regresiva, al trazo unario del Otro—. Trazas que operan para constituir al sujeto.

Ahora bien, antes de hablar, el sujeto es hablado. Ese nombre que será *nombre propio* fue elegido por otros. En él se depositan sueños e ideales. De allí que se afirme que el sujeto —el sujeto que aquí interesa— ha sido anticipado en el discurso de los padres. Es la *novela familiar* la que espera al sujeto, la que le da lugar en un linaje. Somos nombrados, somos hablados.

Se sostiene que el sujeto se constituye en el campo del Otro (lenguaje). No se trata entonces de la comunicación sino de los tiempos de anticipación simbólica. Somos arrojados al mundo. Arribamos a un mundo de palabras. Algunas imprimirán su huella,

devendrán significantes. Y son ellas las que nos arrojan, nos envuelven con su música, nos libidinizan. Desde niños la melodía del canto materno va tejiendo una nueva piel. Sumergidos en el lenguaje, que nos precede, que nos baña, que nos cobija.

El proceso se va conformando desde el inicio en una aparente unidad madre-hijo donde pareciera no faltar nada. Sabemos que será preciso contar con una madre en *posición deseante*, para habilitar el surgimiento del *ser hablante*.

Dice Couso que:

[...] a pesar de ese vacío que habita (en su centro mismo) al lenguaje, este es capaz de cierto arrasamiento, ya que hay un tiempo lógico en el que el significante no funciona como tal, predominando un efecto de intimación [...] sobre el viviente. Ese “hacer signo” de un significante rebelde a la metaforización, que se pretende “real” (como si una palabra pudiera “decir lo que dice”), niega que el Uno sea el redondel que “no encierra más que un agujero”. (Couso, 2013:59)

El autor se apoya aquí en la Clase del 22 de octubre de 1973 del seminario *Aún* que Miller ha publicado con el título de *Redondeles de cuerda* —donde Lacan sostiene, entre otras cosas, que *no hay metalenguaje*—. Más adelante Couso introduce el otro punto clave del asunto: *la función paterna*.

La función paterna es la operación que restituye el agujero del Uno. Desde entonces, cualquier dicho podrá ser metaforizado, podrá no-ser tomado en su literalidad, ser leído como pedido y, entonces, el sujeto podrá o no responder a él. Se abre un clivaje [...] (Couso, 2013: 60)

Entrada en el desfiladero de la palabra

El encuentro originario entre el significante y el cuerpo sólo es pensable míticamente. Choque entre dos estructuras heterogéneas [...] El lenguaje mata la cosa, la reemplaza, la ausenta, la representa y al hacerlo usurpa su lugar, expulsándola finalmente [...] El Otro nombra y con ello intima al viviente a decir, a decirse, a entrar en el desfiladero de la palabra. (Couso, 2005: 209-210)

Desde el comienzo de su enseñanza, Lacan, tomando suficiente distancia de los post-freudianos, promueve su *retorno a Freud*. Retorno al filo cortante de la letra freudiana. Así su *retorno a...* es entendido,

[...] no como un regreso a las fuentes a favor de lograr una reproducción ni idéntica ni exacta, en aras de la tan mentada fidelidad al Maestro. Muy por el contrario, se tratará ni más ni menos que de un movimiento en el que, a partir de las lagunas, de las ausencias de un texto, pueda advenir un sentido nuevo que habrá de producirse, trabajo mediante, en la temporalidad propia del psicoanálisis; la temporalidad del *après coup*, aquel *nachträglich* que Etcheverry traduce como *efecto retardado*. (Candelero, 2). Inédito.

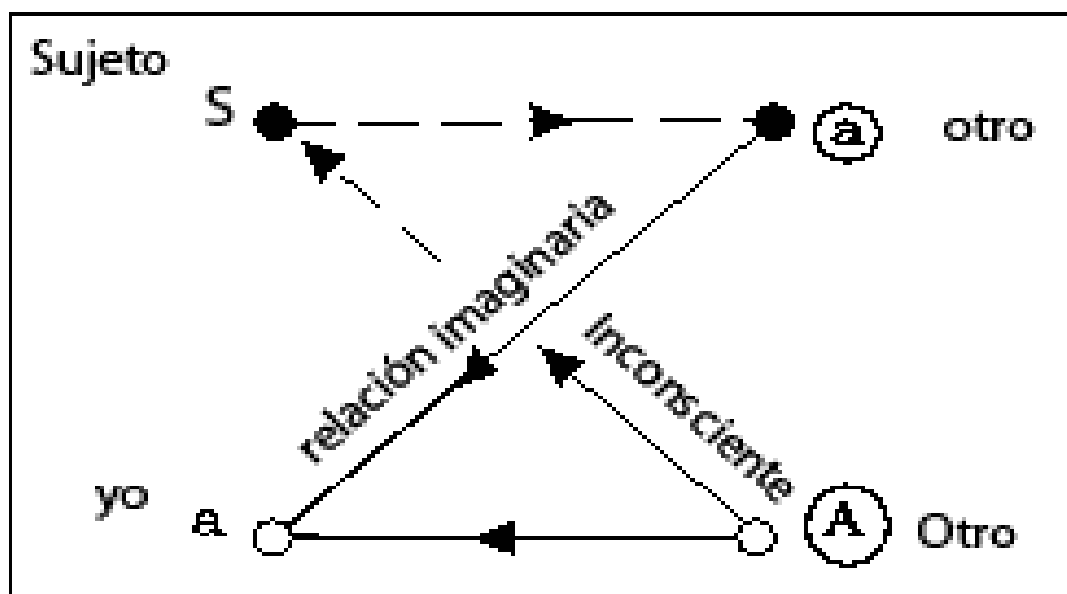
A partir del año 1953 Lacan presenta lo que se conoce como sus tres registros, *Simbólico, Imaginario y Real*. Comenta:

Comencé distinguiendo las tres esferas de la palabra en cuanto tal. Recordarán que podemos, en el seno mismo del fenómeno de la palabra, integrar los tres planos de lo simbólico, representado por el significante, de lo imaginario representado por la significación, y de lo real que es el discurso realmente pronunciado en su dimensión diacrónica. [...] El sujeto dispone de todo un material significativo que es su lengua, materna o no, y lo utiliza para hacer que las significaciones pasen a lo real. (Lacan, 1955:95)

Más adelante, dirá acerca de lo Real, que se trata de lo que vuelve siempre al mismo lugar, lo que no puede ser dicho.

En el seminario *Las Psicosis* (1955-1956), Lacan distingue la palabra del registro del lenguaje, va a decir: *hablar es ante todo, hablar a otros*. Es a partir del instante en que el sujeto habla que hay Otro —ese que Lacan escribe con mayúsculas—. Otro que introduce en el Seminario *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica* (1954-1955).

Los lazos entre el yo y el Otro se esclarecen en un esquema que Lacan designa *esquema L*. Este esquema ilustra una importantísima diferenciación conceptual. Es que la introducción del Gran Otro le permite a Lacan diferenciar las dimensiones *imaginaria* (relación dual) y *simbólica* (terceridad), de la dialéctica intersubjetiva.



Otro, alteridad radical, instancia garante de la Buena Fe. Testigo de una verdad que éste habría de descubrir. Otro, lugar de la palabra. Tesoro de los significantes y las reglas de su empleo. Es allá por 1958, más precisamente en *La dirección de la cura* que el Otro, que será señalado, además, como *lugar de la falta*.

El Otro con mayúsculas, representado siempre para el sujeto por alguien en lo imaginario, por un otro con minúsculas. La palabra que llama a una respuesta, supone la presencia de un otro. Con lo que comenzamos a esbozar la función y también los atolladeros del amor. (Braunstein, 1995: 45)

Se trata de la Ley. El vínculo del sujeto con el Otro sería fatal de no existir una instancia simbólica que regule los intercambios. La madre es, en principio, quien encarna al Otro.

La palabra está dirigida al otro, habla del otro en tanto objeto. El sujeto es tomado como objeto por el Otro. En el habla la lengua se hace acto, y en este acto no todo es dicho. Se habla también con los gestos, con el cuerpo, la mirada, la imagen. Hay silencios, quiebres...

La palabra compromete, produce efectos, afecta. Se habla desde la propia historia, desde el singular entramado emocional de las experiencias vividas, desde los mandatos culturales, las tradiciones, los relatos portan siempre un salpicado heredado de

generaciones anteriores, porque el discurso siempre está atravesado por esa malla. Y, cuando tomamos la palabra también tomamos un lugar.

La palabra es gigante, poderosa. Ya en la antigüedad clásica se hablaba del poder de la palabra, en el ensalmo, en la plegaria, en la palabra bella y sugestiva que produciría en el sujeto que la oye, la armonía del alma. La palabra es mediadora.

Algunas palabras cobran su valor en el *sin-sentido*, en los *tropiezos*, en los *lapsus*. Son justamente esas formaciones las que hacen que del *inconsciente se cuele el sujeto*.

Lacan diferencia cuidadosamente por un lado, la *palabra plena*, como aquella palabra refulgente y reveladora donde toman partes iguales aquél que habla como aquél que escucha cuando el mensaje retorna del Otro en forma invertida. Por otro, la palabra que llama *palabra vacía*, el *bla-bla-bla* que rechaza cualquier *efecto de verdad*, —y en el que todos casi todo el tiempo nos deslizamos—. En fin, la palabra que, podría decirse, hace resistencia.

Algunas palabras serán significantes

Del algoritmo lingüístico significado/ signifiante, Lacan va a extraer su *signifiante lacaniano* que adquiere sentido en relación con otros significantes. Porque un signifiante en cuanto tal nada significa. Es una ilusión que un signifiante represente una significación. Es más, mientras menos significa, más indestructible es un signifiante.

Un, colocado delante del término, está usado como artículo indeterminado. Supone ya que el signifiante puede ser colectivizado, que puede hacerse una colección de significantes, hablar como si fuese algo que se totaliza. [...] no es la palabra lo que puede venir a fundamentar el signifiante. El único punto donde la palabra puede coleccionarse es el diccionario, donde queda clasificada. Para hacerlos sentir, podría hablar de la frase que es, ella también, *unidad signifiante*. (Lacan, 1972: 27-28)

Incluso en 1972 Lacan acentúa la necesidad del signifiante. Por lo tanto queda dicho que un signifiante no remite a un significado. Él mismo genera el significado, singular, subjetivo. Lejos de ser universal se convierte en lo más propio del sujeto. Para Lacan la subjetividad solo se puede definir si tomamos al signifiante con fines únicamente significantes y no significativos.

Lacan en su texto *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis* se referirá al Otro como lugar de los significantes. Podría decirse que en un primer momento la madre aliena al niño en sus significantes.

Cuando el sujeto ingresa al orden del signifiante éste lo afecta en su ser en una relación de implicancia. Que va a originar lo que el psicoanálisis denomina superyó.

El superyó plantea la cuestión de saber cuál es el orden de entrada, de introducción, de instancia presente del signifiante que es indispensable para que un organismo humano funcione, organismo que no solo debe vérselas con un medio natural sino también con un universo signifiante. (Lacan, 1955-56:271)

El signifiante estaría dado primitivamente, pero hasta que el sujeto no lo introduce en su historia no es nada. Según Lacan adquiere su importancia cuando se manifiesta el deseo sexual, que es quien le sirve al hombre para historizarse, ya que es en esa instancia donde se introduce la ley por vez primera, y lo describe entre el año y medio y los cuatro años de edad aproximadamente.

De todos los significantes Lacan ubicará uno como primordial, el Nombre-del-Padre, promovéndolo como el signifiante del Otro en cuanto lugar de la ley.

La aprehensión del símbolo

En *Las Psicosis*, Lacan ubica el registro simbólico en la determinación del sujeto. A ese origen de la simbolización lo va a llamar, afirmación primordial, *bejahung*, que sitúa en el nivel primario de la constitución del sujeto en un momento que caracteriza como mítico.

Va a decir entonces que cuando el niño comienza a jugar con la desaparición y aparición de un objeto —retomando el famoso juego del *Fort - Da* ya descrito por Freud en su texto *Más allá del principio del placer* (1920), en el cual el niño representa la *presencia-ausencia*—.

El niño tenía un carretel de madera, atado con un piolín. No se le ocurrió, por ejemplo, arrastrarlo tras sí por el piso para jugar al carrito, sino que con gran destreza arrojaba el carretel, al que sostenía con el piolín, tras la baranda de su cunita con mosquitero; el carretel desaparecía ahí dentro, el niño pronunciaba su significativo “o-o-o-o”, y después, tirando del piolín, volvía a sacar el carretel de la cuna saludando ahora su aparición con un amistoso “Da” {acá está}.” (Freud, 1920: 14-15)

Jaculatoria elemental, así llama Lacan a esa oposición.

En *La dirección de la cura* ubica ese simple juego la aprehensión del símbolo, *el punto de inseminación* de un orden simbólico que lo precede, y a partir del cual se estructura.

Nos preguntamos ¿De qué manera el sujeto, para constituirse como tal, se relaciona con ese orden que está funcionando previamente? En varios textos Freud hace referencia a la idea de suponer una organización anterior al lenguaje para que la memoria y la historización funcionen. En el *Seminario 3* Lacan va a decir que para que el sujeto resulte determinado por esa estructura simbólica tiene que producir lo que llama una *afirmación primordial*. En la relación del sujeto con el símbolo hay que admitir una *bejahung*. Lo cual supone tomar de lo simbólico un texto, y hacerlo propio.

¿En el caso de un niño que aún no toma la palabra podría pensarse que esta afirmación primordial todavía no se produjo o está constituyéndose? ¿Qué sucede en este caso con el significante primordial? Siguiendo el texto Lacan expresa que la afirmación primitiva, puede o no llevarse a cabo *verwerfung* (rechazo) y en este caso algo no sea simbolizado. Al final de este seminario Lacan reemplazará el término *verwerfung* por el de *forclusión*, concluyendo que lo que está rechazado forcluido hace referencia a un significante primordial como es el Nombre-del-Padre. Produciendo un vacío, un agujero en el universo simbólico.

En cuanto a la *bejahung*, recordemos que le atribuye tres destinos:

a- La *verdichtung* o ley del malentendido, y dirá que es gracias a la cual sobrevivimos. Lo entendemos como la del malentendido sexual, que posibilita que hombre y mujer puedan estar de un lado y del otro indistintamente en función de una legalidad simbólica y no dependiendo de una posición puramente imaginaria o anatómica.

b- La *verdrängung*, la represión, cuando algo no encaja, produce incoherencia en la cadena simbólica lo reprimimos. Este mecanismo daría lugar a la formación del síntoma neurótico.

c- La *verneinung*, negación, es del orden del discurso, tiene que ver con la atribución, con el valor de existencia, lo que primero está sometido al juicio de atribución entre lo placentero y lo displacentero. Recordemos que el yo según la teoría freudiana se va a constituir en una primera diferenciación entre el interior y exterior incorporando lo placentero y expulsando lo que es fuente de displacer. Y en función a las propiedades que se atribuyen se establece la existencia o no de los objetos. A este movimiento Freud lo denominaba juicio de existencia y dirá que de lo que se trata es de volver a encontrar un objeto, cuyo surgimiento es alucinado, siempre buscará satisfacer aquella primitiva relación materna, pero nunca lo volverá a encontrar, en su lugar hallará otros objetos parciales, sustitutos. La negación nos llevaría a la problemática del objeto perdido. Y aquí podemos empezar a pensar al *duelo* como constitutivo del sujeto.

Volviendo al juego del *Fort-Da*, Lacan retoma estos desarrollos en 1964, en *Los cuatro conceptos...* al ocuparse de la *repetición*.

Freud, cuando capta la repetición en el juego de su nieto, en el *fort-da* reiterado, puede muy bien destacar que el niño taponar el efecto de la desaparición de su madre haciéndose su agente, pero el fenómeno es secundario. Wallon subraya que lo primero que hace el niño no es vigilar la puerta por la que su madre se ha marchado, con lo cual indicaría que espera verla de nuevo allí; primero fija su atención en el punto desde donde lo ha abandonado, en el punto, junto a él, que la madre ha dejado. (Lacan, 1973: 70)

Tanto Lacan como Wallon destacan enfáticamente que en ese juego —de expulsar y acercar un objeto— él fija su atención en un punto preciso, allí donde su madre estaba.

[...] el niño dirige su mirada hacia el lugar que la madre deja vacío, no hacia el sitio donde se aleja —la puerta—, sino al lugar vacío dejado por la madre, allí donde ella estaba. El juego del Fort-Da surge entonces como la respuesta a ese lugar en que el niño detiene su observación, a ese espacio vacío, respuesta del sujeto en relación con ese agujero que Lacan llama también juego del salto. (Károthy, 2001: 77)

Hiancia introducida por la ausencia...

El juego del carrete resulta así la respuesta del sujeto a lo que la ausencia de la madre produce: un vacío. En consecuencia, repararemos en que el carrete no es la madre como leyendo a la ligera podría conjeturarse.

El carrete [...] es como un trocito del sujeto que se desprende pero sin dejar de ser bien suyo, pues sigue reteniéndolo. Esto da lugar para decir, a imitación de Aristóteles, que el hombre piensa con su objeto. Con su objeto salta el niño los linderos de su dominio transformado en pozo y empieza su cantinela. Si el significante es en verdad la primera marca del sujeto, como no reconocer en este caso—por el solo hecho de que el juego va acompañado por una de las primeras oposiciones en ser pronunciadas— que en el objeto al que esta oposición se aplica en acto, en el carrete, en él hemos de designar al sujeto. A este objeto daremos posteriormente su nombre de álgebra lacaniana: el *a* minúscula. (Lacan, 1973: 70)

El objeto *a* para Lacan funciona como causa del deseo, es un objeto que se constituyó como perdido. En el juego se repite la pérdida del objeto funcionando la ausencia como causa. Este objeto es separable, es precisamente una parte del cuerpo propio que se pierde, en esa división emerge el sujeto deseante y se produce el acceso al orden simbólico.

En el seminario sobre *La Angustia*, Lacan describirá a la voz como una de las cinco formas de objeto *a*, este objeto como recorte, separado presentifica de alguna manera la relación con la separación primitiva y el objeto perdido.

La voz resuena en el vacío del Otro, y aquí podemos ubicar el nivel del deseo en el Otro, la voz no se asimila, se incorpora como alteridad y modela nuestro vacío con su forma imperativa. Primero será la voz del Otro, luego mediará entre éste y el sujeto, a partir de ese instante el sujeto comenzará un pasaje por los tres tiempos pulsionales (escuchar, escucharse y hacerse escuchar) es el tercer tiempo el momento de *tomar la palabra*.

Lacan ejemplificará con el murmullo al sonido de la voz que no adquiere el nivel de palabra, por estar todavía desanudado, desatado a la cadena significante —como podría suceder en el modo forclusivo del significante Nombre del Padre, pero aquí aclaramos, por estructura—.

Es la voz de la madre según Couso (2001) la que marca el ritmo que puede transformarse en melodía.

¿Qué motiva esta salida de lo exclusivamente rítmico para que se agregue lo melódico? A la primera escansión rítmica (sonido-silencio) que se corresponde con la

dupla presencia-ausencia, se le agregue un componente esencial: la introducción de la sexualidad por la madre. (Couso, 2001:126).

La voz de la madre cargada de afecto, pausada, puede ejercer un poder tranquilizador para el bebé, la voz es presencia viva. En la medida que el cuidado se realice como una celebración, otorgará placer y seguridad. De ese modo el niño se va habilitando como sujeto deseante, la función materna realiza cortes significantes con su mirada, sus manos, su voz, su manera de sostenerlo, de alimentarlo que se inspiran en los significantes propios de su historia. Dada la prematurez del niño al nacer y su total dependencia, estos cuidados adquieren un valor fundante para el bebé, además de satisfacer sus necesidades, otorgará algo más, un plus, un extra, podemos llamarlo afecto, amor, es la denominada experiencia de satisfacción.

Freud en *Tres ensayos...* cuando describe los cuidados maternos habla de la ternura y la sexualidad que la madre le dispone a su hijo lo cual será fuente de excitación sexual y de satisfacción de zonas erógenas.

La madre puede “cumplir su deber” si pone en juego su propio vacío constitutivo, abriendo así el lugar donde el niño podrá alojarse. Y puede ponerlo en juego cuando en ella se anudan el deseo, el goce y el amor por su niño, como eficacia (en ella) de la metáfora paterna. (Couso, 2001:127)

Para que un infans —término utilizado por Lacan que significa que *aún no habla*— devenga sujeto son necesarias ciertas operaciones lógicas que Lacan trabaja tanto en sus escritos como en su seminario: *alienación y separación*. En la *alienación* el sujeto se constituye a partir del Otro, de Otro totalizado que lo espeja y le devuelve una imagen completa que contrasta con su prematura inmadurez. En la *separación*, funcionará la denominada metáfora paterna, permitiendo un corte que divide al sujeto y lo posiciona como deseante. Para que esto ocurra el Otro debe aparecer castrado y transmitir su falta. En esta instancia de separación el niño quedará en posición de... *tomar la palabra*.

Este tercero que oficiará de separador de la dupla madre-hijo también demandará al niño las normas del bien decir a modo de marco ordenador proporcionará reglas y límites. Le solicitará un hablar adecuado a la lengua utilizada, en el futuro esta función la cumplirán, entre otros, los maestros y las instituciones. Se amplía de este modo el mundo comprendido por el bebé y su mamá. Se ingresa en la cultura.

Destacamos que el lenguaje no se enseña, el lenguaje se incorpora, el lenguaje se transmite, es un apropiarse de algo que ya existe, que circula. Es estructurante de la subjetividad. Al incorporarlo, se recrea el discurso, hablar pone en movimiento mecanismos identificatorios y en esa identificación el niño extraerá *un rasgo propio*.

Al principio la sonoridad que provocará en forma de respuesta la conocemos como gorjeos, balbuceos e irá hablando como puede, en su carácter invocante para ese Otro que lo escucha y lo reconoce. Se irá gestando en ese encuentro la matriz dialógica.

Palabras y Juego

Hemos nombrado al juego como el primer lugar donde el símbolo se hace presente, destacamos al juego como la actividad principal y constituyente en la infancia. En el juego, en la repetición, se revive la pérdida del objeto. Al nacer el bebé ya juega con el pezón materno, y esto excede su necesidad de alimentación, y si no lo logra algo podría estar fallando en ese encuentro, el jugar es espontáneo, lo hará también con el pataleo en el cambio de pañales, con el ensuciarse con la papilla.

El balbuceo comienza en ese juego con el Otro, el lenguaje necesita de la interacción lúdica. Entre las coordenadas que favorecen la aventura del hablar Winnicott dirá que será necesario un ambiente satisfactorio, es el medio quien promueve u obstaculiza su desarrollo. Agregaríamos, el medio rodeado de amor, palabras cargadas de afecto y juego.

El jugar le permite al niño poner en escena los significantes que lo marcaron, mientras juega imita roles, realiza representaciones, expresa su angustia, sus miedos y alegrías. La actividad lúdica lo invita a crear, a proyectar. Al decir de Coriat (2006) en el juego los significantes comienzan a hablar suben al escenario y hacen cadena con otros significantes. Muchas veces los niños juegan solos, pero todo el marco y los elementos que componen su juego fueron provistos por Otro. Es su manera de tramitar lo que le resulta difícil de soportar para el psiquismo.

La necesidad del juego en el niño es una emergencia y no siempre es acompañada por los adultos, ya que el jugar lleva tiempo. En este mundo vertiginoso, dinámico y cambiante, que nos desborda, no es tarea fácil brindar ese tiempo que hace para un niño de nido de contención y sostén. La tecnología nos invade, nos esclaviza. Estamos pendientes de aparatos y redes, atentos a la demanda virtual y descuidando la conexión cara a cara. Así consumimos el tiempo ¿o somos consumidos?

Cómo pensar la ausencia de palabras

Hasta aquí hemos realizado un recorrido para describir las condiciones que desde el psicoanálisis serían necesarias para que el camino de la apropiación del lenguaje se lleve a cabo y el sujeto logre *tomar la palabra*. ¿Pero, cuando un niño *no* habla qué podría estar sucediendo?

En el texto *Dos notas sobre el niño* Lacan nos dice que el *síntoma* se define en la experiencia psicoanalítica como representante de la verdad, y que está en posición de responder a lo que hay de sintomático en la estructura familiar, ya que puede representar la verdad de la pareja.

Podemos pensar la falta de palabras como un *síntoma* en el que un niño queda enredado en las fauces del Otro. Síntoma silencioso que la cultura sanciona como algo que cojea...

Será fundamental conocer la historia del niño y de sus padres e intentar conocer qué los ha marcado a ellos en su infancia, atendiendo a las palabras de Lacan al decir, que la historia es el pasado historizado en el presente. Las entrevistas con los padres permiten ver qué lugar ocupa el niño en la familia y de qué manera la dificultad que se le presenta con el niño altera el equilibrio y la dinámica familiar. Si la dificultad de la adquisición del lenguaje la pensamos como síntoma, habrá que bucear en la historia para conocer que podría estar obstaculizando. Peusner (2009) plantea que el síntoma está generado por una fórmula de transformación que opera sobre la constelación familiar. Aunque quien lo ponga en el cuerpo sea el niño habrá que preguntarse de quién es el síntoma, eso que encontramos en el niño está de alguna forma afectado por lo que viene del Otro. Por eso propone que es importante trabajar con los padres y parientes aunque ofrezcan el mayor desconocimiento.

¿Qué ocurre en esa interacción con ese otro donador de la palabra y también del silencio, como forma de relación, para que aparezca la perturbación?

A modo de ejemplos en experiencias relatadas por Levin (2002) en su libro *Tramas del lenguaje infantil* con niños *malos hablantes* o *no hablantes*, resultaba que tenían madres que no les solicitaban que les hablaran, eran silenciosas o verborrágicas, no creaban un espacio para que el niño hablara de la forma que pudiera. Podemos pensar que *no abrían el juego...* Otros casos de mutismo los explica como una falla en la relación con Otro, que es quien encarna la lengua hablándola. Hace incapié en una posible dificultad en el vínculo, como en algunos casos de autismo.

Es interesante la descripción sobre el tema del invento de una jerga donde se funden en un mundo cerrado mamá y bebé este modo sostiene *una relación imaginaria de unidad* entre quien comprende todo y hace todo para y por el infante. Lo cual genera que circule entre ambos un modo de decir personal en donde un tercero no puede ingresar ni comprender, se privilegia la actuación, no se le solicita el uso correcto de la lengua y la palabra va perdiendo su valor simbólico.

Un niño de pocas palabras

A continuación un breve relato que surge de la observación durante una experiencia en la Práctica Profesional Supervisada del sexto año de la carrera de Psicología. Sin dudas esta experiencia dejó marcas, ansias de escuchar más, de acompañar, de poder abrir la puerta para salir a jugar...

Tres momentos, tres escenas ocurridas durante la práctica donde observamos a un niño que hablaba muy poco, permitirán a continuación esbozar algunas hipótesis. Aclaramos que se habían descartado problemas orgánicos y funcionales que pudiesen obstaculizar la apropiación del lenguaje.

Primera escena. La coordinadora del Centro de Salud cuenta que la madre de un niño de tres años y medio, hijo único, se acercó diciendo: "Habla muy poco. Sólo dice *maaa* y *a- a- a...* Va a ingresar al jardín y no sé cómo va a hacer si quiere ir al baño". Agrega que el nene es *imposible*, y que duda que lo acepten.

Segunda escena. Luego de unos cuantos meses de trabajo, durante un paseo que compartimos con todos los niños del jardín y con sus madres, el pequeño permaneció siempre pegado a su mamá. El lugar era ideal para que los niños jueguen libremente, pero, cada vez que el niño quería alejarse la madre se aferraba a su manito. Cuando tuve la oportunidad de ofrecerle una galletita su mamá se apresuró a responder por él diciendo que no le gustaban.

Tercera escena. En la fiestita de fin de año, que coincidía con la finalización de mi práctica profesional supervisada, este nene se me acerca para regalarme una flor de papel. Cuando me aproximo más, poniéndome a su altura, le pregunto si él la había hecho. En ese mismo instante la mamá me aclara que sí, que él me la había hecho, y que sólo se las regalaba a las personas que él quería. Y, nuevamente, me quedé con ansias de escucharlo.

Planteado el tema, ¿qué nos enseña el psicoanálisis? ¿Que podría estar sucediendo que impide a este niño *tomar la palabra*?

Gran parte de los textos consultados hacen referencia a la madre como el Otro primordial en el proceso de subjetivación del niño y en el pasaje de infans a convertirse en un ser hablante. En ese camino podemos situar como accidentes o avatares a este Otro (madre), este Otro (padre)... Siguiendo el Seminario *La relación de objeto*, leemos que Lacan, cuando se refiere al *Caso Juanito*, plantea que la madre tiene al niño como metonimia de su deseo de falo, que *Juanito* está en posición de ser el objeto de la madre, el que viene a colmar su falta. Como si se tratara de un apéndice. De ese modo en vez de donar su falta —lo cual es indispensable para la constitución del sujeto— la madre estaría intentando colmarla.

Si el niño está capturado por la madre, si ella no lo suelta, diríamos que ella lo tapona. No permite que le falte la falta, esta situación es angustiante. Este niño y su madre podrían tener una relación un tanto simbiótica y con poco lugar para el padre.

Lacan lo expresa en el Seminario 10

"...La posibilidad de la angustia es, la seguridad de la presencia. Lo más angustiante que hay para el niño se produce cuando la falta que produce el deseo es perturbada y ésta es perturbada al máximo cuando no hay posibilidad de falta, cuando tiene a la madre siempre encima en especial limpiándole el culo." (Lacan, 1962-63:64)

Hay que darle lugar al agujero a la falta, hay que demandar y saber esperar, soportar el silencio. Cuando la mamá no permite esa espera, podríamos pensar que no la resiste, quizás para cubrir esa hiancia ella aporta su palabra. Como ocurrió en dos de los momentos descriptos. No hubo posibilidad de escuchar al pequeño. Las palabras de la madre invadieron la escena.

Al hablar el niño ya será otro, se diferenciará. No siempre es sencillo aceptar esa diferencia. Si la palabra es un don que se ofrece es porque algo se va a perder en esa transferencia y el niño va a extraer algo de lo cual se apropiará y lo esperable es que pueda crear, no se le impone el modo de uso. “El don tipo es precisamente el don de la palabra, porque en efecto el niño se nutre de palabras tanto como de pan, y muere por ellas”. (Lacan, 1956-57: 191)

Cada palabra de la madre lleva su amor y su aullido ancestral, su caricia vivificante pero también la garra que empuja el cuerpo-todo del niño hacia la boca de la inmensidad... Sólo el Nombre-del Padre libra a la lengua de su multiforme maleficio, asegura que la madre puede faltar... (Couso, 2001:109)

Lacan nombra con el término *estrago* a los excesos en la relación madre-hijo que pueden ser tanto en cuidados y dedicación como en indiferencia y maltratos. Este término también denota una falla en la mediación paterna a quien el discurso de la madre lo presenta como castrado. En el estrago el autor sitúa un goce sin límite anudado a la pulsión de muerte acompañado con todo lo perjudicial que eso puede significar, el niño quedando encerrado en el capricho materno podría ser llevado a un aplastamiento, a una abolición subjetiva. Estaríamos ante *una madre devoradora*, si el niño pegado al universo materno se ve impedido a descubrir el mundo fuera de ese lugar. Es la impresión que genera este tipo de vínculos.

Una madre tendrá que soportar que amar al bebé es a la vez renunciar a él ¿Podríamos pensar que en algunos casos un niño no toma la palabra porque está tomado todo? El niño está alienado al discurso del Otro, tomado por su palabra y no logra separarse.

Cuando una madre toma al hijo como objeto y cree que pueden significar absolutamente todo, no dejan espacio al deseo. Le *cierra el pico*, como decimos en el título de este trabajo que hace referencia al seminario de Lacan en el que se pregunta: ¿Por qué no hablan los planetas? “Los planetas no hablan: primero, porque no tienen nada que decir; segundo, porque no tienen tiempo; tercero, porque se los ha hecho callar”. (Lacan, 1954-55: 356). Más adelante dirá que a los planetas se les ha cerrado el pico. Cuando una madre impone sus certezas, el niño queda apresado, redondo, cerrado sin lugar para la hiancia, como lunas donde no hay espacio para el deseo.

Ese *imposible* del niño, tal como lo presentó su madre, nos conduce a un interrogante: ¿De qué imposibilidad se trata?

Conjeturo que la posibilidad de *intervenir*, de *venir-entre* el niño y su mamá sería abordando el síntoma como un pedido de ayuda, y así, a ese *pico cerrado* ofrecerle un espacio, una escucha. Brindar lugar al juego —ya que es difícil jugar sin hablar—. El jugar invita a *tomar la palabra*.

Entendiendo que esta labor, la del psicólogo, reclama un trabajo artesanal por la vía de lo singular y enigmático del sujeto, como futuros profesionales abordamos una postura de reflexión crítica, acordando que un diagnóstico lleva su tiempo y su trabajo. Y sólo es posible *après-coup*.

Un final abierto

Es momento de dar por finalizado este ensayo, que como trabajo final requiere de una conclusión. No podemos hacer lo mismo con las preguntas formuladas. Sólo hemos intentado lecturas posibles, conjeturas que dejan un final abierto...

El recorrido transitado invita a pensar que cuando el cuerpo no hace Uno, no está otrificado no hay espacio para el decir. Otros dicen por él. Hará falta, retomando palabras de Winnicott (1971) que la madre sea lo *suficientemente buena*, ni mítica ni devoradora... Y, en esa pequeña frase vislumbramos un desafío enorme. Es tarea del equilibrista, *maternar* sin asfixiar, dar lugar al padre para que un hijo no quede reducido a un objeto de goce. Pero, sabemos, no es asunto de buenas intenciones.

Justamente hará falta que haya *falta*, para que en esa pausa, en ese tiempo de espera un niño comience a subjetivarse.

Referencias bibliográficas

- Braunstein, N. (1995). *Goce*. México: Siglo XXI.
- Candelerio, R. (Inédito). *La clínica psicoanalítica. Del signo al significante*. Espacio psicoanalítico. Agrupamiento de Analistas. Rosario
- Casarín, M. (2007). *Vicisitudes del ensayo y la crítica*. Córdoba. Alición Editora
- Coriat, E. (2006). *El psicoanálisis en la clínica de bebés y niños pequeños*. Buenos Aires: De la campana
- Couso, O. (2001). *Formulaciones de lo ignorado*. Buenos Aires: Lazos
- Couso, O. (2005). *El amor, el deseo y el goce*. Buenos Aires: lazos
- Freud, S. (1950). *Proyecto de Psicología*. En obras Completas XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Lacan, J. (1954-1955) *Seminario II El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (1955-1956). *Seminario III Las Psicosis*. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (1958). *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis*.
- Lacan, J. (1956-1957). *Seminario IV La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (1962-1963). *Seminario X La Angustia*. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (1969) *Dos notas sobre el niño*, en *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial
- Lacan, J. (1961-1962). *La identificación: Seminario IX*. Inédito. Versión crítica de Ricardo Rodríguez Ponte para la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Clase del 6 de diciembre de 1961.
- Karothy, R. (2001). *Vagamos en la inconsistencia*. Los fundamentos del psicoanálisis. Buenos Aires: Editorial Lazos
- Levin, J. (2002) *Tramas del Lenguaje infantil: una perspectiva clínica*. Buenos Aires: Lugar
- Peusner, P. (2009). *El Sufrimiento de los Niños* Buenos Aires. Letra Viva
- Peusner, P. (2010). *El dispositivo de presencia de padres y parientes*. Buenos Aires. Letra Viva
- Winnicott, D. (1993). *El proceso de maduración y el ambiente facilitador*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1979). *Realidad y Juego*. España: Gedisa